

En la Gran Tienda

Lo necesitaba con las ansias de alguien perdido en el desierto de Gobi que rastrea agónico la aparición de un oasis. Lo echaba tanto de menos que, al escuchar cada noche el fragor de sus recuerdos, dos lágrimas descendían por el cauce de sus mejillas, quedándose varadas en la frontera de los labios, donde se mantenían unos segundos temblequeando para terminar desplomándose en el océano del suelo. Con frecuencia recordaba sus manos fuertes culebreando por el llano de su espalda, recorriendo sus montes para hospedarse en una gruta húmeda que exigía mucho mimo. Nunca olvidó aquel beso obsceno que le robó una noche tormentosa en un callejón sin salida. Claro que lo había buscado. Toda la vida. Ni un solo instante había cesado de buscarlo.

Es cierto que Adelina Domínguez se casó poco después e incluso dio a luz a dos hijos, pero no es esta una prueba concluyente que constate que lo olvidara un solo minuto de su vida. Aún con las coyunturas adversas, lo buscaba constantemente, utilizando estrategias que no pudieran ser neutralizadas por sus familiares. En rigor era a él a quien en verdad consideraba su auténtica familia. Admitía que su existencia sin él había sido falsa, artificial, una vida vulgar en la que había interpretado un rol que no deseaba, que el poderío de las circunstancias la había forzado a fingir. Se juzgaba la actriz fracasada que no termina de encontrar el papel que necesita como puro alimento.

Junto a él las cosas hubieran sido distintas, menos rutinarias, seguramente más emocionantes. Por él rezaba cada noche a San Cucufato o a la Santísima Concepción, si se mantenía enfadada con el primero, rogándoles con fervor devoto que su hombre apareciera de súbito, llamando al timbre de su casa para venderle una aspiradora, encontrándose por casualidad en la consulta médica en sustitución de la doctora Esteban o, al menos, formando parte del escuadrón de bomberos que con cierta frecuencia acudía para rescatar a su gatito cuando se encaramaba a la rama más orgullosa del álamo. Pero nunca tuvo demasiada suerte.

Las oraciones y las cuentas del rosario tampoco resultaron ser eficaces, ni la prensa y mucho menos la televisión. Acudió de incógnito a un programa televisivo cuya trama consistía en llorar ante la cámara, implorando que regresara el ser amado o que llegaran noticias de su paradero. Los responsables del programa disculparon la ausencia de llamadas aludiendo a que los datos proporcionados por Adelina habían sido escasos, insuficientes para que alguien, después de tantos años, pudiera ser identificado, pero no dudaron en felicitarla por lo bien que había llorado en pantalla, logrando gran audiencia el estrépito de sus lágrimas. Contrató e el siguiente anuncio por palabras en un periódico nacional:

CHICA BUSCA CHICO

Moreno, manos grandes, bigotillo,

Si en 1951 me amaste en la pensión Sagrario, llámame. Te necesito.

Se cansó de desechar pretendientes. Al parecer fueron muchos los que habían frecuentado la pensión Sagrario ese mismo año, aunque ninguno de los pretendientes coincidía con los rasgos de su hombre. Nadie poseía su rostro severo ni esos ojos duros que se hincaron para siempre en su memoria. Todos eran ancianos. Ninguno tenía las manos fuertes.

Luego vino el asunto de Karamba y Salim, vidente africano. Se topó con él por casualidad, instalada su foto y el recuadro de su anuncio en las páginas postreras del periódico que envolvía una lustrosa longaniza recién comprada en la carnicería Arias. Compartía página con el horóscopo de la bruja Blanca, una pastosa retahíla de predicciones mantecosas como vísceras palpitantes. Ambos anuncios llenaban el espacio de una hoja de periódico con promesas o esperanzas o ilusiones de futuro. Adelina no pudo evitar leer su horóscopo, Aries: lo que buscas, lo vas a encontrar, y a continuación, arrastrada por un afán de fe, fijó sus ojos en la proclama de Karamba y Salim:

Soluciono problemas de amor en 24 horas. Abandonos,

divorcios, peleas, infidelidades. Especialista en Alta

Magia Caribeña. Dinero, trabajo, mala suerte. TODO.

FACILIDADES DE PAGO.

Adelina no dudó en marcar el número para concertar cita con ese vidente de aspecto solemne, tal y como aparecía en la foto del anuncio. El vidente le pidió dinero por adelantado y más tarde le informó de que, como era el suyo un caso tan difícil, iba a necesitar un mínimo de una decena de sesiones, porque la magia, aseguraba Karamba y Salim con mucha seriedad, perdía sus efectos según se distanciaban los años. Adelina fue lista. Al cabo de la cuarta sesión □cuarenta y cinco minutos cobrados a precio angula, en los que se dedicó a danzar desnuda en redor de una olla coronada por la cresta de un gallo, al compás de una letanía entonada con malvada dulzura por el propio Karamba y Salim □ comprendió que el remedio podría ser peor que la enfermedad, ya que aquellas

sesiones estaban mermando los menudillos de su pensión y su hombre, el hombre con el que soñaba cada noche, seguía sin aparecer.

Alguien le habló de la Gran Tienda. Le habían dicho que allí lo encontraría sin ningún género de dudas, que cualquier cosa que necesitase estaba almacenada en la Gran Tienda. Había oído muchos comentarios sobre ella. Sus vecinas mencionaban maravillas sobre la amabilidad de sus vendedores, sobre la excelencia de sus productos o sobre el celo de los responsables para que todo estuviera a gusto del cliente.

- Todo es de primera calidad.
- Si algún objeto está dañado, lo cambias sin problemas.
- Los vendedores siempre sonríen.
- Aceptan tarjetas de crédito.

Arrancó su viejo automóvil y se dirigió a la Gran Tienda. Era un milagro que aquel viejo coche pudiera rodar aún por la ciudad. El coche, dos proscritos hijos tarambanas y una raquífica pensión de viudedad, fue la única herencia de su marido. Mientras circulaba por las avenidas, miraba de vez en cuando los retrovisores para advertir la presencia de coches inmensos, cuyos motores blasfemaban hasta casi atravesar las lindes del pecado. Pese a todo la Gran Tienda merecía el privilegio de conocer su vehículo. Aunque llevara veinte años sin conducirlo. El parking era gratuito.

Sobre el mediodía se adentró en el túnel del parking. Estaba oscuro y un declive descendente la invitó a comparar su entrada con las aguas tranquilas de una laguna estigia. No se había fijado bien en la arquitectura exterior de la Gran Tienda, únicamente había notado cómo paneles gigantes, a modo de estandartes señeros, anticipaban las excelencias del lugar. Un guardia de metacrilato le sonrió con dulzura y, pulsando un grandioso botón rojo que languidecía ante él, ordenó levantar la barra que franqueaba el paso, aunque un neón ámbar informara de que allí dentro todo estaba ocupado. Adelina condujo unos metros a oscuras □ las luces de su vehículo padecían una especie tenaz de miopía □ hasta que se topó con una fila de coches de los que descendían hombres y mujeres en trance, tal vez hipnotizados, que cedían las llaves de sus vehículos a operarios abastecidos con monos verdes, rotulados con el logotipo de la Gran Tienda en la espalda. Adelina hizo exactamente lo mismo: abandonó su coche, depositó las llaves en el cuenco de unas manos mendicantes y se dispuso a acceder a la Gran Tienda. Una flecha fosforescente, inscrita en el suelo, indicaba la dirección unívoca de los ascensores. Durante el paseo por el parking, no solo le llamó la atención que algunas parejas se besaran desaforadamente en el interior de sus vehículos, arropadas por inmensas bolsas de la Gran Tienda, también descubrió a otros clientes desperezando un sueñecito, recostados sobre columnas y arrebujados bajo mantas con la marca de la Gran Tienda.

Subió directamente a la última planta. Le habían aconsejado que en la Gran Tienda convenía buscar de arriba abajo, de la última a la primera planta, siguiendo un orden que

no frustrara el hallazgo del objeto pretendido. La última era una planta de bisutería, de silenciosos ajuares de plata que proporcionaban a la estancia una fisonomía cristalina. Osó acercarse a un vendedor que se despellejó a latigazos de sonrisa al observar que Adelina se aproximaba para preguntarle algo:

- Busco a un hombre moreno, de grandes manos y bigotillos enhiestos a la moda de 1950 - exigió Adelina.
- Aquí solo tenemos cacerolas y artilugios de cocina, pero pregunte en la planta de caballeros, allí tienen ofertas - le respondió el vendedor camuflado tras su sonrisa de sandía.
- Me han dicho que aquí puedo encontrar de todo. Lo asegura también el anuncio.

A lomos de la escalera mecánica logró llegar a la planta inmediatamente inferior. Pese a que las bolsas de las cacerolas le pesaban un poco □Adelina no pudo resistir la tentación de acaparar un juego de olla exprés y cacerola muy ajustadas de precio□, se dejó llevar por el vaivén ligero de la escalera mecánica, probándola en ambas direcciones, arriba y abajo, y luego abajo y arriba, así hasta que se cansó, mientras un megáfono parlante, ubicado en algún misterioso punto del establecimiento, anunciaba ofertas y rebajas y semanas fantásticas de Pakistán y promociones de un llévase dos pagando solo tres y cosas semejantes.

Adelina no dudaba de que en la Gran Tienda encontraría lo que buscaba. Allí disponían de todo: mocasines exportados de Teherán con olor a faquir famélico, maravillosas pieles de cocodrilo apresado en las riberas del Tajo, una cabeza jibarizada inserta en un frasco de mermelada e incluso tarrinas de papilla para orangutanes lactantes. Se hallaba en la sección de oportunidades, de eso se dio cuenta casi nada más entrar en ella, porque decenas de saetas con el rótulo de OFERTA dibujado sobre sus lomos sobrevolaban por doquier. Un anciano, que arrastraba los pies y se guarecía tras un batín de andar por casa, la agarró brazo y le susurró al oído:

- Usted parece una buena persona, váyase de aquí cuanto antes, yo llevo varios años explorando la sección de oportunidades y todavía no he encontrado lo que buscaba. Usted parece buena persona: escape o se arrepentirá siempre. Supongo que este es mi destino.

Adelina miró al anciano con cierta conmiseración, la que se puede sentir por una persona que ha masacrado su dignidad en campañas absurdas, y siguió retozando entre manoplas de lana con agujero y sandalias santas de pescador, al mismo tiempo que trató de responder al anciano:

- Yo busco a un hombre moreno de manos hercúleas y bigotillo afilado y de aquí no me voy hasta que lo encuentre.

No lo localizó en ninguno de los recodos de la planta, pese a que obtuvo con infinita buenaventura una espátula oxidada que garantizaba la extracción de cualquier costra perenne de mugre y un casco de ciclista tirado de precio.

Las bolsas le pesaban cada vez más. Tuvo que alquilar uno de los carritos propulsados a motor que conducían jóvenes grumetes a cambio de unas monedas. Es cierto que ella no podía con el peso de los bultos, pero también necesitaba al muchacho para orientarse y localizar al fin la planta de caballeros, el lugar donde encontraría a su hombre. La Gran Tienda poseía un maremagno de carteles indicadores, que señalaban con mucho boato el contenido y la ubicación de cada planta, pero la mayoría eran contradictorios, de modo que el que los siguiera, podía acabar su trayecto en el mismo punto de origen. Relacionado con esto, le dijo un niño, enseñoreado con los estigmas del acné, que casualmente pasaba por allí:

- Llevo varios años intentando localizar la puerta de salida□ se quejó el ya adolescente.

Una música perseverante, compuesta por modernas cancioncillas pegadizas, inspiraba a los clientes a realizar sus compras al baile, compulsivamente, introduciendo en los carros cualquier prenda que apareciese a su paso, obedeciendo a un ritmo frenético que se infiltraba en la epidermis del comprador, una especie de veneno malsano inoculado en cada entraña compradora.

Por primera vez desde que ingresó en la Gran Tienda, Adelina fue capaz de serenarse para estudiar el terreno que estaba pisando. Comprobó que la Gran Tienda no poseía ventanales y que unos anchos paredones simétricos la aislaban del exterior, formando celdillas según la arquitectura de una ratonera. Los compradores formaban remolinos de avaricia luchando por los artículos deseados. Algunos dormían en las esquinas después de una larga jornada de compras. Descubrió a un joven encorbatado lavándose los dientes frente a un espejo. Y a una madre rastreaba las huellas de un hijo perdido. De todo ello extrajo una sola conclusión: todos los compradores eran iguales, un extraño efecto mimético les forzaba a actuar de la misma manera.

Al fin Adelina descubrió la planta de caballeros. Las indicaciones de los vendedores la encaminaron ineludiblemente allí. Era una sala menos iluminada que las anteriores, tal vez sujeta a mayor orden. En la planta, se podían encontrar chaquetas de antelina, zapatos de cuero marrón, corbatas de lunares y un muestrario bastante numeroso de hombres colgados en sus respectivas perchas, hombres sufrientes que solicitaban, con insinuantes sonrisas, al comprador de turno el favor de abortar sus condenas echando mano de la tarjeta de crédito. La mayor parte de ellos mostraban gestos de res a punto de

ser sacrificada. Sus precios no estaban nada mal. El descuento ascendía al 15%. Adelina fue rastreando con ímpetu ese muestrario de hombres emperchados, escrutando con esmero el rostro de cada hombre a la búsqueda de aquel que en un tiempo remoto la hiciera feliz una bendita noche. Un hombre rubio con la tez anaranjada le resultó realmente atractivo. Otro le pareció simpático y el de más allá encantador. Se tropezó con varios hombres de aspecto miserable, incluso con un ser horrendo. Pero el suyo, ese hombre moreno de fuertes manos y coqueto bigote, no se hallaba entre los cromos de aquel álbum de hombres colgados. La tristeza se apresuró a conquistarla. Su mente huyó al pasado y pudo disfrutar del recuerdo de unos labios succionando los suyos. El cuerpo se le encabritó de golpe. Una culebra de deseo le fue recorriendo las piernas hasta quedar cobijada en su vientre. De pronto, los colmillos de la esperanza sacaron a relucir una idea. Adelina Domínguez se abalanzó sobre un vendedor de plástico que expulsaba misiles de amabilidad y se atrevió a preguntarle:

- ¿Van a traer hombres nuevos? No encuentro al que busco.

El vendedor enlutó su sonrisa con un movimiento negativo que comportaba dudas y le respondió:

- Yo creo que hasta la próxima semana no entrará género nuevo.

Y Adelina Domínguez se fue marchando lentamente, aferrando el peso de sus pertenencias con cierta tristeza, dirigiéndose hacia el acomodo libre de una esquina, expedita de compradores derrengados, extrajo de una de sus bolsas una de las mantas que había comprado de oferta en una de las plantas más concurridas de la Gran Tienda y se tumbó a esperar.

SEUDÓNIMO: KARAMBA Y SALIM